

públicamente de la iglesia. El Jueves Santo por la mañana aquellos hijos pródigos acudian á las puertas del templo vestidos con cilicios y con la cabeza cubierta de ceniza. Á la hora fijada íbaseles á buscar allí, y se les conducía ceremonialmente á la iglesia á presencia de los ministros sagrados. Postrábanse todos, y el obispo rezaba por ellos una breve oracion. Entonces el diácono, hablando por los penitentes que permanecían postrados, y con la voz embargada por los suspiros, gemidos y lágrimas, decia al obispo que habia llegado la hora de la clemencia; traíale á la memoria los misterios que se renovaban en aquellos santos dias, para recordarle que Dios no quiere la muerte del pecador que vuelve á él por medio de una verdadera conversion, y que se trataba de la liberacion de unos muertos á quienes Jesucristo se habia dignado volver la vida. El obispo, satisfecho de las disposiciones de los penitentes, les hacia una plática, y pronunciaba en seguida la fórmula de reconciliacion. Terminada la ceremonia, los recién absueltos se colocaban entre los fieles, oían misa, y participaban con ellos de los santos misterios; porque en aquellos tiempos, y aun muchos siglos despues, todos los fieles acostumbraban comulgar el dia de Jueves Santo. ¡Cuán dignos de alabanza son los que se muestran fieles á esta piadosa costumbre!¹

Despues de la absolucion, se da principio á la misa. En la Epístola, san Pablo recuerda á los Cristianos las disposiciones con que deben recibir la Eucaristía; y en el Evangelio, san Juan nos da á conocer el amor inmenso y la indecible humildad del Hijo de Dios, mostrándonosle postrado delante de sus Apóstoles y lavádoles los piés. Humildad y caridad, estas son las dos grandes lecciones que nos da, y las dos esenciales disposiciones para la comunión. Durante la misa se efectúa desde el siglo VII la magnífica ceremonia de la bendicion de los santos óleos, que en cuanto al fondo se remonta hasta los tiempos apostólicos². En vano se buscaria en otra parte cosa alguna mas solemne é instructiva que esta ceremonia³.

El obispo celebrante se sienta delante de una mesa puesta en el centro del santuario. Varios diáconos y subdiáconos traen y colocan enfrente del pontífice unas grandes urnas que contienen los óleos que se van á santificar y bendecir: óleos santos destinados para los niños que nacen y para los enfermos que agonizan, para la ordenacion de los sacerdotes y para la consagracion y coronacion de los reyes; óleos santos con que somos ungidos al entrar en el mundo y al despe-

¹ Tomas. *Fest.* lib. II, c. 13.

² *Benedicimus autem et aquam Baptismatis et oleum Unctionis, imo ipsum etiam qui Baptismum accipit. Ex quibus scriptis? Nonne à tacita secretaque traditione?* (S. Basil. *Lib. de Spirit. Sanct.* c. 27; id. *Bened.* XIV, p. 134, n. 61.)

³ Léase el Pontifical, donde se hallarán una serie de pormenores á cual mas útil é interesante. Véase tambien Durand. lib. VII, c. 74.

dirnos de él; *santo crisma* en el Bautismo y en la Confirmacion, *Extremauncion* en la hora de la muerte.

Cuantas veces he asistido á la bendicion de los santos óleos, he experimentado una profunda sensacion al ver como el obispo ora para hacer descender sobre ellos el Espíritu de Dios. Preguntábame yo mismo: ¿Quién de nosotros será ungido primero con este óleo? ¿Será un hermano? ¿un amigo? ¿ó seré yo mismo tal vez? ¡Ah! cuando tales ideas penetran en nuestra mente, las ceremonias de la Iglesia nos parecen dos veces santas: las reflexiones graves son hermanas de los pensamientos saludables⁴.

Para la bendicion del *santo crisma*, el obispo debe estar asistido por doce presbíteros, párrocos todos, si es posible, para representar mejor los doce Apóstoles, y de siete diáconos y otros tantos subdiáconos, á fin de recordar aquellos tiempos en que el colegio de los ministros sagrados se componia de doce presbíteros, siete diáconos y siete menores, para el gobierno de la diócesis y para el servicio del obispo y del pueblo. El pontífice y los sacerdotes despues de la consagracion saludan sucesivamente al *santo crisma* y á los santos óleos, diciendo: *Salve, santo crisma*, etc. Esta salutacion, ya sea que se entienda dirigida al Espíritu Santo, santificador de todas las cosas, ó que se considere como una simple demostracion de respeto hácia las cosas santificadas, es muy propia y adecuada á las circunstancias. Es un modo de hablar figurado, mucho mas expresivo que el simple lenguaje usual. Por lo demás, la ceremonia de la bendicion de los santos óleos, venerable por sí misma, lo es tambien por su antigüedad, pues ya se halla mencionada en el Sacramentario de san Gregorio el Magno.

V. Monumento. — Acabada la bendicion de los santos óleos el obispo vuelve al altar, y tomando la hostia que ha consagrado para el dia siguiente, la lleva en procesion bajo palio y con gran pompa á la capilla del *monumento*. Este monumento, adornado con toda la magnificencia posible, figura el sepulcro en que descansa nuestro divino Redentor, y los fieles lo visitan para honrar al Hijo de Dios que murió por librarles de la condenacion eterna.

La visita de los monumentos no ha de hacerse á modo de paseo, sino grave y silenciosamente, y de manera que toda nuestra actitud respire piedad y cierta suave y religiosa melancolía. Al llegar al pié de un monumento, es menester que abramos de par en par nuestro corazon en presencia del divino Salvador. Digámosle entonces: Dios mio, os doy gracias por haber instituido para mi bien la santa Eucaristía, y haberme admitido tantas veces á su participacion; tambien os doy gracias por todos los favores que en este mismo templo me habeis dispensado á mí y á todos los fieles que han asistido á él desde su

⁴ *Cuadro pöttico de las fiestas*, pág. 133.

edificacion. Os pido perdon de todos los agravios que habeis recibido en vuestro agosto Sacramento, y de las irreverencias que yo y los otros hemos cometido en esta iglesia.

De las hostias que se consagran el Jueves Santo se reserva una, como hemos dicho, para la comunión que el sacerdote debe hacer el dia siguiente; porque el Viernes Santo no se celebra misa: solo se rezan las últimas oraciones, suprimiendo la consagracion. Esta parte del sacrificio se llama *misa de los Presantificados*, esto es, misa en que se consume la hostia consagrada el dia anterior, y su origen asciende hasta los primeros tiempos del Cristianismo. La Iglesia se abstiene de celebrar misa el dia de Viernes Santo para demostrar su tristeza, y fijar toda la atencion de sus hijos en el sacrificio del Calvario.

Despues de la misa, se desnudan los altares quitándoles todos los ornamentos, en cuyo estado permanecen hasta la tarde del Sábado Santo. Estas tristes ceremonias nos pintan la profunda afliccion de la Iglesia, la desnudez de Jesucristo en la cruz (porque el altar ha sido siempre la figura de Cristo), la humillacion de su gloria, y el acto de rasgarse el velo del templo. Para el que tiene verdadera fe, esta ceremonia vale por todo un libro de enseñanzas y meditaciones.

Tambien se lavan los altares con vino y agua, y esto con dos objetos, primero para conservar la debida limpieza y decencia, y segundo, para recordar que el cuerpo de Jesucristo fué bañado en la cruz con sangre y agua. Para significar mejor este misterio, al tiempo de lavar los altares se reza uno de los salmos penitenciales ó una oracion análoga de la Pasion ¹.

VI. Lavatorio de los piés. — El magnifico oficio del Jueves Santo termina con el lavatorio de los piés. Está escrito que el Salvador, al tiempo de instituir el sacramento de la Eucaristía, se humilló hasta lavar los piés á sus discípulos, diciéndoles en seguida: *Vosotros me llamais Maestro y Señor; y bien decís, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los piés; vosotros tambien debeis lavar los piés los unos á los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo he hecho á vosotros, vosotros tambien hagais* ². Dócil á la voz del divino Maestro, la Iglesia ha observado al pié de la letra este precepto de practicar la humildad ejerciendo los mas humildes servicios. Los primeros cristianos lo observaron al principio, no solo para conservar la memoria de lo que habia hecho el Salvador, sino tambien con la idea de ejercer un acto de caridad. De ahí la costumbre universal y sagrada entre ellos de lavar los piés á los huéspedes.

Mas adelante, habiendo dejado de practicarse esto, la Iglesia, para

¹ Durand. lib. VI, c. 76.

² Joan. xiii, 13, 14, 15; Bened. XIV, pág. 126, n. 49.

que no se perdiese una costumbre tan piadosa é instructiva, la adoptó convirtiéndola en otro de sus ritos, destinado á perpetuar entre las futuras generaciones la accion de Nuestro Señor. En consecuencia dispuso que sus principales ministros lavasen los piés á los individuos del Clero en representacion de los Apóstoles, ó bien á los pobres como personas propias para ejercer con ellas la humildad, que nos recomendó el Señor con aquel acto de humillacion.

Hé aquí el origen de la sublime ceremonia que desde muchos siglos contempla el mundo el dia de Jueves Santo. Las personas mas augustas y sagradas, papas, obispos, emperadores, reyes, reinas, se postran delante de algunos pobres, les lavan los piés y se los besan respetuosamente, teniendo á grande honor el imitar de esta suerte el ejemplo del Hombre-Dios. Si un romano antiguo volviese al mundo y presenciase tal espectáculo, ¡cuán grande no seria su admiracion! Acostumbrado como estaba á mirar á los pobres como unos seres despreciables, ¡qué confusion fuera la suya al ver á los monarcas postrados á sus piés! Esta simple ceremonia nos prueba que entre nosotros y los paganos, entre nuestras ideas y las suyas, el Cristianismo ha puesto una distancia infinita.

La ceremonia del lavatorio de los piés se llama vulgarmente el *mandato*, cuyo nombre se deriva, ya sea del mandamiento que el Salvador impuso á sus discípulos diciéndoles que hicieran entre sí lo que él habia hecho con ellos, ó bien de la antifona *Mandatum novum do vobis: Un nuevo mandamiento os doy*, que se repite entre los versículos del salmo que se canta durante la ceremonia. En esta misma antifona se contiene otro mandamiento mucho mas importante que el lavatorio de los piés, cual es el que el Salvador dió á sus discípulos cuando les dijo que se amasen los unos á los otros como él les habia amado, precepto peculiar de la Religion cristiana, que nos comprende á todos. Así pues, es menester que el dia de Jueves Santo, mas que en ninguna otra ocasion, nos preguntemos con toda la sinceridad de un hombre que trata de escudriñar su conciencia: ¿Amo á mis hermanos como me ha amado Jesucristo? Si nuestro corazon vacilase en responder, y sobre todo si manifestase algun rencor, alguna aversion voluntaria, ¿cómo tendríamos valor de acercarnos á aquel que dice: *Si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra ti; deja allí tu ofrenda delante del altar, y vé primeramente á reconciliarte con tu hermano: y entonces ven á ofrecer tu ofrenda* ¹?

Tal es el oficio de la mañana del Jueves Santo, que, como hemos visto, rebosa en alegría y amor. El de la tarde, llamado *oficio de las*

¹ Matth. v, 23, 24.

Tinieblas, como el de la víspera, consta de las mismas partes que este, y vuelve á sumirnos en la tristeza y el dolor.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber instituido la santa Eucaristía, y os pido perdon de no haberme preparado dignamente á su recepcion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *haré cada mes un acto de desagravio á Nuestro Señor sacramentado.*

LECCION XXXVI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Viernes Santo. — Objeto del oficio de este dia. — El Viernes Santo en Jerusalem. — Division del oficio. — Dos lecciones de la Escritura y Pasion. — Retrato de Nuestro Señor (nota). — Oraciones solemnes ó sacerdotales. — Adoracion de la cruz. — Ejercicio útil para la tarde. — Las siete palabras del Salvador.

I. *Viernes Santo.* — ; El viernes Santo! Al oír esta palabra, oprímese el corazon del verdadero cristiano, sus miembros todos se hielan de santo terror, y su imaginacion le traslada á pesar suyo á la cumbre del Calvario. Ved como se acerca en confuso tropel un populacho, digo mal, un pueblo, pues hay entre la multitud magistrados, sacerdotes, canosos ancianos mezclados con mendigos, mujeres y niños, todos los cuales suben tumultuosamente la montaña empujándose, atropellándose unos á otros para poder estar mas cerca del patíbulo y contemplar mas á su sabor las angustias de la Víctima. Ved aquí ahora la Víctima que sube con paso lento, debilitada por la pérdida de la sangre y el rigor de los tormentos. Dos malhechores andan á su lado, llevando sobre sus hombros el instrumento del suplicio á que han sido sentenciados. Si quereis saber cuál de los tres condenados es el Justo, no teneis mas que observar la particular severidad con que se le trata: lleva la cabeza coronada de espinas, cubierto el rostro de sangre é infames salivas, y es el blanco de los sarcasmos é improperios de la multitud.

; Y sin embargo, este que veis es Jesús, que pasó haciendo bien! Y entre esa muchedumbre de espectadores ansiosos de contemplar su suplicio, hay muchos á quienes ha dado relevantes pruebas de su inmensa bondad: á uno quizás le ha resucitado el padre, la madre ó la hermana; á otro le ha curado un criado ó un amigo, y á todos ha prodigado los tesoros de su divina sabiduría. Es aquel Jesús que apenas hace cinco dias entraba triunfante en Jerusalem, precedido de esa misma multitud que atronaba los contornos del monte de los Olivos clamando: « ; Gloria al Hijo de David! ; Bendito sea el que viene en nombre del Señor! » ; Y hoy esta multitud grita y vocifera frenéticamente pidiendo su sangre y su muerte!!

¿Qué ha sucedido, pues? ¿Acaso Jesús ha dejado de ser lo que era cinco dias antes? No; pero el pueblo, siempre inconstante y vario, se ha mudado como la veleta á merced del viento. Entre tanto llega